

JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

I

POESÍAS INÉDITAS

En la introducción al tomo tercero de la *Antología de Poetas hispanoamericanos*, publicado en 1894 por la Real Academia Española, dijo D. Marcelino Menéndez y Pelayo: "De todos los poetas clásicos de nuestro siglo, Olmedo es quizá el único que á duras penas puede dar materia para un pequeñísimo volumen. Entre buenas y malas, largas y cortas (una de ellas tiene tres versos), traducidas y originales, ensayos de la primera mocedad y tardíos conatos de la vejez, apenas llegan á veinte las composiciones suyas que ha podido recoger la diligencia de sus apasionados, ni hay esperanza de encontrar más, porque probablemente no existieron nunca. Aun de éstas hay que descartar más de la mitad por endeble é insignificantes...."

En la edición de Poesías de Olmedo, ordenada por Clemente Ballén, la más completa y mejor de todas, publicada en París (*Garnier Hermanos*, 1896), el número de esas composiciones asciende á veintiséis; sin que por ello deje de ser exacto en todas sus partes lo que advirtió el sabio coleccionador de la *Antología*.

Lo cierto, empero, es que existen composiciones inéditas de Olmedo, aunque no añadan gran cosa á la reputación del cantor de Bolívar; pero que no son tan insignificantes ni tan endeble como casi todas las que se han ido agregando á la edición primera, dada á luz en 1848 por el literato argentino Juan María Gutiérrez, en Valparaíso, base de todas las posteriores. No se incluyeron en la edición de Ballén, sin duda por haber llegado tarde á manos de éste, pues precisamente entre la masa de manuscritos ó impresos referentes á Olmedo que tenía él reunida, fue donde, después de su fallecimiento, se encontra-

ron. Tuve ocasión de examinar esos papeles al revisar, por encargo de mi amigo el Sr. Crisanto Medina, las pruebas de imprenta del interesante ensayo biográfico, que lleva al frente la edición. No había tiempo ya de incorporarlas, ni aun como apéndice del tomo, y me reduje á sacar copia, para que de todos modos quedase un duplicado de esas composiciones, que parecían inéditas, pues el manuscrito era de indudable autenticidad, de letra de Olmedo mismo. Después, Medina, "amigo, pariente y albacea testamentario" de Ballén, aunque no ignoraba que muchos, si no casi todos esos papeles, eran propiedad de Ballén (quien toda su vida había estado reuniendo recuerdos de su compatriota Olmedo), supo también que algunos de ellos le habían sido enviados de Guayaquil por el hijo del gran poeta, y decidió devolver unos y otros, en montón, tales como se encontraban, remitiéndolos al Ecuador. Mi precaución de copiar las composiciones á que me refiero resultó muy oportuna, pues todos los papeles devueltos desaparecieron luego consumidos por el fuego, durante el gran incendio que en 1896 destruyó gran parte de la ciudad de Guayaquil. El hijo de Olmedo falleció poco después.

Pero antes que estas poesías, cuya procedencia importaba indicar, voy á insertar otra, que se publicó el año de 1806 en Lima, que muy pocos probablemente conocen, que es también de Olmedo y que nunca se ha incluido entre sus escritos. Imprimióse en forma de cuaderno, su tamaño 145 por 98 milímetros, compuesto de trece páginas no foliadas, y cuyo título es éste: Loa || al || Excmo. Señor Don José || Fernando Abascal y Sousa, Caballero || del orden de Santiago, Mariscal de || Campo de los Reales Ejércitos, Virey || y Capitán general del Reyno del || Perú, etc. || En la Tercera Comedia que le || dedica el 27 de Noviembre || El Teatro de || Lima | Imprenta real de Expósitos. Año de 1806.

Bastaría simplemente leer una vez esta composición para quedar convencido de que es obra de nuestro poeta. Acaso ninguna otra de la misma época, ni la oda *En la muerte de la Princesa de Asturias* ni *El Arbol*, escritas en 1807 y 1809, respectivamente, muestran con tanta claridad el germen del estilo futuro de los célebres cantos á Bolívar y á Flores. Pero hay prueba irrecusable de que es de Olmedo y no de otro esta poesía anónima, pues él mismo reconoció la paternidad, tomando de ella más adelante no sólo versos sueltos, sino pasajes enteros, para insertarlos en una *Alocución*, compuesta treinta y cuatro años después, para ser recitada por una actriz la noche de la apertura del Nuevo Teatro de Guayaquil (20 de Agosto de 1840), y que se encuentra en la colección de Ballén y en otras. Héla aquí:

## LOA (1)

*La escena se abrirá con una obertura de música alegre y estrepitosa. El teatro bien iluminado, y la decoración correspondiente. El actor aparecerá en el medio, y concluida la música se dirigirá á S. Exc.*

## COMEDIANTE

Brilló Señor, al fin el fausto día  
Que el Comercio, las Armas y las Letras  
Tantos tiempos ansiaron;  
Y con noble porfía  
Su Protector, su Padre Te aclamaron;  
Y sus bienes, sus glorias, sus tareas,  
Encendidos de amor Te consagraron.

¿Y no podrá igualmente  
Llegarse á Vos el Teatro reverente,  
Pintar su situación, encarecerla,  
Y pedir protección, y merecerla?

(1) Al reimprimir ésta, así como al publicar las otras composiciones inéditas, sigo en lo posible, es decir, en todo lo que no sea evidentemente errata, la ortografía, bien del texto impreso, bien de los manuscritos.

Tiempo fué en que la Escena  
De honor, de magestad, de luces llena,  
Se miró protegida de las Leyes.  
Allí los Ciudadanos y los Reyes  
Y los fuertes varones,  
Tomaban las lecciones  
De vivir y mandar. Y las centellas  
Que del Teatro salian, excitaban  
Mil heroycas pasiones,  
Movian, inflamaban  
El amor á la Patria,  
El valor, la constancia y el decoro,  
El amor conyugal y la ternura,  
El desprecio del oro,  
Y quando el bien del Pueblo lo pedia,  
Aquel ánimo fuerte  
De amar menos la vida que la muerte.

Renovad estos tiempos venturosos,  
Generoso Abascal, en vuestras manos  
La gloria está, y honor de los Peruanos.  
El Teatro proteged, vereis las Musas,  
Si humildes hoy y tristes y encogidas,  
Mas ufanas, alegres y atrevidas,  
Reir, llorar, increpar; bien ya calzadas  
Con el Zueco gracioso,  
Burlar en tono irónico y jocosos  
Las costumbres dañadas,  
Los vulgares defectos,  
Y los baxos afectos  
Que inspiran las pasiones desregladas,  
La mala educacion ó la costumbre.

O yá mas graves, las verás calzarse  
El coturno dorado,  
Y llorar al virtuoso desgraciado.  
Su terrible dolor, su pesadumbre,  
Llegan al corazon; y todos sienten  
El placer de llorar; y todos claman:

“¡ O quien virtuoso fuera  
Y en su mal estos llantos mereciera !”  
Y á los brabos que mueren en la guerra,  
Víctimas de la Patria,  
Dan lágrimas y honor: único premio  
Que alcanza la virtud sobre la tierra.

Por vos, grande Fernando,  
Pueda volver el Genio del Teatro  
A su gloria primera,  
Y el mágico poder de vos espera  
Con que pudo algun dia  
Con verdades, ó gratas ilusiones,  
Despertar y alentar nuestras pasiones.  
Vuestro grande talento  
Y gusto por la escena  
Puede abrirnos la senda del acierto,  
Que está de espinas y de abrojos llena.  
La sencillez, la magestad, el arte,  
El decoro, la gracia, la nobleza,  
De nuestro Teatro huyeron,  
Y á las leyes que dió Naturaleza,  
Las leyes del capricho sucedieron.  
No así se encenderá la hermosa llama  
De las grandes virtudes...  
Y pues que Padre y Protector te aclama  
Este Pueblo, feliz baxo tu mando,  
Y su bien y su dicha te desvela,  
Haz, ó caro Fernando,  
Si Ciudadanos quieres  
Enemigos del ocio y los placeres,  
Si intrépidos soldados,  
Buenos Amigos, Esposos muy honrados,  
Haz que el Teatro Peruano,  
Que á complacerte solamente anhela,  
Sujeto al Arte, mas sin ser su esclavo,  
Culto, decente, noble, decoroso,  
De las buenas costumbres  
Sea y de honor y de virtud escuela...

Mi mente se adelanta  
 A estos días de gloria.  
 Ya veo de la Verdad la firme planta  
 Hollar nuestra ignorancia,  
 Y á la luz de sus vivos resplandores,  
 Disipar, ilustrar nuestros errores...  
 La escena me parece  
 ¡ Qué noble, qué magnífica, qué bella !  
 Esta es tu obra, Abascal : gózate en ella.

Y vosotros, Peruanos,  
 Mis amables y dóciles Paysanos,  
 Aprovechad tan útiles lecciones.  
 Algun tiempo serán vuestras acciones  
 De los Genios Teatrales argumento  
 Para inspirar virtud, como en el día  
 Lo son las de los Griegos y Romanos.  
 Y pues el Teatro ha sido  
 Donde el sabio Viajero  
 Los usos, las costumbres de los Pueblos,  
 La ilustracion y el gusto ha conocido,  
 Aprovechad las útiles lecciones  
 Que de hoy mas nuestras Musas,  
 De tan sabio gobierno protegidas,  
 Van á dictar ; y el Extrangero vea  
 Que teneis aptitudes  
 Corazon y talentos y virtudes.

Y en retorno á los bienes  
 Que Tú, Abascal amable, nos previenes,  
 Sus dones Te consagren á porfía  
 Las tres Gracias que reynan en la escena,  
 La Comedia, la Música y Poesía.

Es, como bien se ve, poesía de encargo, lánguida por partes; declamación oficial en que no despunta todavía el amor de libertad que tan vigorosamente inspiraría al cantor épico-lírico; pero en ciertos versos, en ciertos finales, como éstos :

Aquel ánimo fuerte  
 De amar menos la vida que la muerte (1)...  
 ... Lágrimas y honor : único premio  
 Que alcanza la virtud sobre la tierra,

y en varios otros, se anuncia ya el poeta moralista que acuñaría tantos versos, sólidos y finos como medallas, que se graban en la memoria :

Quien no espera vencer, ya está vencido.  
 ... Lidiar con valor y por la patria  
 Es el mejor presagio de victoria...

Que si mengua ó escándalo resulta  
 Honra más la verdad quien más la oculta.

De las tres composiciones inéditas siguientes, las dos primeras no tienen en el manuscrito la fecha al pie, pero como una de ellas revela por uno de sus versos haber sido escrita en Lima, y Olmedo dejó á Lima en 1809 con intención de establecerse definitivamente en Guayaquil, su ciudad natal, es claro que ambas, escritas en un mismo cuadernillo, con letra y tinta iguales, no pueden ser posteriores, y que hemos de considerarlas contemporáneas de la *Loa* y de las otras de la misma época citadas antes.

La tercera está fechada : 1825 ; y aun sin expresarlo lo sabríamos, pues es la despedida del poeta á su esposa cuando se preparaba á partir para Europa nombrado Agente Diplomático del Perú en Inglaterra, Francia y otros países. Debió, por consiguiente, haber sido escrita en Julio de aquel año, pues la partida tuvo efecto en los primeros días de Agosto. Es poesía de carácter íntimo y el vivo afecto del poeta corre y se dilata expresado con una sencillez, una *naïveté* verdaderamente encantadoras. Compréndese que tuviera Olmedo en aquellos mismos días, y

(1) Variado y mejorado en la *Alocución* de este modo:

Y aquel ánimo grande, firme, fuerte,  
 De preferir al deshonor la muerte.

aun después, escrúpulo de comunicar al público secretos de su alma; pero es evidente que ahora, á los ochenta años de escrita, cuando él y la esposa y los hijos duermen todos el sueño de la muerte, la posteridad ha de acoger y apreciar con respetuoso interés tan sincera efusión de aquel corazón nobilísimo. Es, además, y será siempre, incomparable emoción estética leer estos versos tan dulces, tan tiernos, tan cariñosos, y confrontarlos en la memoria con todo lo que hay de duro, de férreo, de inflexible, de implacable y de violento en la magnífica apoteosis que, diez años después, hizo del General Juan José Flores en el campo de Miñarica, empapado en sangre ecuatoriana.

### HIMNO A DIANA

*Dedicado al amable cazador, mi amigo J. R. O.*

*Ven, hermosa Diana,  
y dá al cazador  
que tus leyes sigue  
tu gracia y tu favor.*

Ven que tu en los campos  
fuiste la primera  
que agitó la fiera,  
y las tiernas aves,  
que cantan suaves  
al nacer el sol.

*Ven, hermosa Diana...*

Al viento vagaba  
tu libre cabello,  
y del hombro bello  
la aljaba pendía,  
y el pie te lamia  
el can corredor.

*Ven, hermosa Diana...*

Dame las saetas  
de tu arco certero,  
ó haz que el plomo fiero  
alcance y traspase,  
quando al monte pase,  
el ciervo veloz.

*Ven, hermosa Diana...*

*(Falta el resto de este Himno)*

#### DEDICATORIA

Y tú, mi dulce amigo,  
que con la caza alegre  
el afanoso estudio  
alternas y entretienes:  
sigue, sigue gozando  
el placer de los Reyes;  
la Diosa de los bosques  
su gracia te promete.

Mas, si en la selva umbrosa  
dos palomitas vieres,  
acariciarse tiernas,  
el tiro, cruel, suspende;  
perdon á sus caricias;  
y diles quando vuelen:  
"Si acaso sois de aquellas  
que en Chipre tiran siempre  
el carro de la madre  
de amor y del deleyte;  
id allá desaladas,  
Palomas inocentes,  
y en vuestro dulce arrullo  
que Venus sola entiende,  
decidle: tu Poeta  
nos libró de la Muerte."

#### LA PALOMITA

*(Anacreóntica)*

¿Dime de donde vienes?  
dímelo por tu vida;  
¿donde vas? ¿de quien eres,  
amable Palomita?

—El amoroso Olmedo  
á su Nise me envía,  
á la graciosa Nise,  
su amor y su delicia.  
Yo antes era de Venus,  
y de las más queridas,  
yo su carro tiraba  
y en todo la servía.  
Mas del calor huyendo  
en un estivo día,  
ó por buscar la sombra,  
que es del amor amiga,  
con mi amante palomo,

blanco como yo misma,  
en una selva umbrosa  
entré, y me ví perdida.  
Que un cazador amable  
que allí por caso habia  
nos mira, y nos asesta  
su cañon homicida.  
Mas se contubo luego,  
no sé por qué; y con risa  
como que algo recuerda  
ó que me decía:  
"Si acaso eres de aquellas  
que allá en la Chipre tiran  
el carro de la madre  
de amorosas delicias;  
vuela allá desalada,  
cándida palomita,  
y en tu arrullo que entiende  
solo Venus divina,  
dile: que su poeta  
te rescató la vida."

Agena ya del susto  
volé alegre y festiva  
á referirle á Venus  
lo de la selva umbría.  
En su caliente seno  
me acoge y me decía:  
"Ya estás en mi regazo  
¿qué temes, cuitadilla?  
no mas de susto tiemblen  
tus cándidas alitas.  
Pero yo premiar quiero  
al que debes la vida.  
Vé á mi tierno poeta,  
dile que soy su amiga,  
y ofrécele mi gracia  
y proteccion divina."

De entonces dexé á Venus,  
dexé á Chipre por Lima,  
y vine á ser de Olmedo  
que es la ternura misma.  
De entonces soy su esclava,  
y le sirvo muy fina :  
suya soy, y son suyas  
estas letras que miras.  
Libertad quando torne  
dixo que me daría :  
mas yo sin él no quiero  
ni libertad ni vida.  
Con mi arrullo le aduermo,  
mi pico le acaricia,  
le cubro con mis alas  
en las mañanas frías.  
Comer quiero y el grano  
pico en su mano misma :  
y si dormir, me arrulla  
con su amorosa lira.

Pero... ingrato me engaña,  
todo, todo es mentira,  
sus melosas palabras,  
sus besos y caricias.  
Yo estoy, ó pasagero,  
de los zelos perdida,  
pues mi amo solo quiere  
á una niña muy linda ;  
y aun conmigo estos versos  
le manda á mi enemiga,  
á la graciosa Nise,  
su amor y su delicia.

Á SU ESPOSA

*Sra. Doña Rosa Icaza*

Ya se acerca, amor mio,  
ay! Palomita mia,

ya se acerca, ay! el día,  
que nos va á dividir.

Solo tristes memorias  
y recuerdos fatales...  
de amor todos los males  
me quedan que sufrir.

Como Tórtola viuda  
que triste á toda hora  
gime, suspira y llora  
por su perdido amor ;

Así yo inconsolable,  
ausente de mi amada,  
tendré siempre clavada  
la espada del dolor.

Mi corazon de pena  
dentro del pecho muere...  
Mas la patria lo quiere  
y es fuerza obedecer...

Pide á Dios, vida mia,  
con ruegos incesantes  
que me traiga quanto antes  
al nido del placer.

Con mil dulces razones  
el Amor me detiene...  
y el deber me previene  
lo que es forzoso hacer.

¿ Que haré, pues, amor mio,  
siendo en este momento  
igualmente violento  
mi amor y mi deber ?

Pues bien, cumplir con ambos  
es duro, y buen consejo  
y aunque de ti me alejo,  
contigo quedaré.

Así con ambos cumplo,  
dando en serena calma,  
al amor toda mi alma,  
y el cuerpo á mi deber.

Yo parto, oh! qué tormento!  
oh! que terrible ausencia ;  
dame, ó Dios, resistencia  
para tan gran dolor.

Yo parto, y conjurados  
veré á cada momento  
contra mi, al mar, al viento,  
la ausencia y el amor.

Y tu, hechizo de mi alma,  
mi único amor, mi vida,  
despues de mi partida  
¿ te acordarás de mi ?

Yo, de noche y de día  
siempre estaré penando,  
Rosita, en ti pensando,  
pensando solo en ti.

Qual sombra inseparable  
mi amante pensamiento  
siempre, á todo momento,  
estará junto á ti.

Así pues, siempre, siempre,  
aunque me creas distante,  
podrás decir: *mi amante  
delante está de mí.*

Recogeré el aliento  
que tu boca respira...  
mi cuerpo se retira,  
pero mi alma jamas.

Sabré tus pensamientos,  
y oíré tus palabras ;  
quando tus labios abras  
los míos encontrarás.

No temas, amor mío,  
mi palomita amada,  
que haya en el mundo nada  
que me haga vacilar,

Pues vivir en tu pecho,  
que es mi único deseo,  
vale más que un empleo,  
vale más que reynar.

Yo veré mil bellezas  
mas con ojo tan frio,  
que nunca al pecho mio  
llegará su impresion.

Porque tus ojos solos  
con un arte divino  
conocen el camino  
que va á mi corazon.

No tendré allá, aunque quiera,  
ningun afecto nuevo  
pues conmigo no llevo  
ni alma ni corazon.

Que el corazon y el alma  
que antes tenia conmigo  
se quedan ya contigo  
como en dulce prision.

Sin tí, ¿ qué haré, mi vida ?  
siempre ay! como demente,  
qual si fueras presente,  
clamaré con fervor :

“ Ven, palomita mía,  
ven al caliente nido,  
que aquí en mi pecho herido  
te ha formado el amor.

“ Ven, mi única esperanza,  
mi único pensamiento,  
ven, mi único contento,  
ven, mi única pasion.”

Y al ver que no me oyes  
ni que estás á mi lado,  
seré mas desgraciado  
por mi dulce ilusion.

Otras veces teniendo  
tu retrato delante,  
qual frenético amante  
mil cariños le haré.

Creeré que con mi fuego  
tus labios animados  
me vuelven duplicados  
los besos que te dé.

Otras veces mas necio,  
como el que algo ha perdido,  
á todos distraído,  
por ti preguntaré :

¿ Donde está mi paloma,  
causa de mis placeres ?  
si no la conocieres,  
las señas te daré.

“ Es... lo que yo no puedo,  
ni nadie explicar puede...  
la que á todos excede,  
la rosa de Abril.

“ Es la rosa que espera  
en su botón gracioso  
un calor amoroso  
para empezarse á abrir.”

Mas ¿ qual es mi delirio ?  
Ay de mí ! en mi tardanza  
ni el bien de la esperanza  
me podrá consolar...

Cree, mi alma, que es un pecho  
muy tierno y amoroso  
donde el amor hermoso  
te ha erigido un altar.

Piensa que por ti vivo ;  
piensa que sin ti muero ;  
que eres mi amor primero  
y mi último serás.

A Dios... ay ! no te olvides  
que eres objeto eterno  
de este amor dulce y tierno,  
de este amor inmortal.

Piensa que de tí ausente  
no es vida la que vivo,  
y que siempre recibo  
aumento en mi dolor.

Piensa que esta gran pena,  
piensa que este tormento  
aun me quita el aliento  
para decirte .. á Dios.

## II

El año de 1825 en que compuso Olmedo estos melancólicos heptasílabos, más sentidos, no menos suaves, que los de Meléndez, es también el mismo en que escribió el Canto lírico-épico dedicado á Bolívar con motivo de los triunfos de Junín y Ayacucho, canto que es sin duda su obra ca-

pital, su obra maestra ; y aun quizás pudiera también sin miedo agregarse que, aisladamente considerado, es la composición poética más notable hasta el presente brotada en suelo americano. Otros poetas, más fecundos, más nuevos ó más variados en la forma, aparecen tal vez ante la posteridad como figuras más seductoras, más interesantes ; ninguno puede disputar á Olmedo su carácter de poeta nacional, de cantor épico americano, porque sólo él logró cantar digna, heroicamente, el instante crítico, el momento heroico final, que aseguró la libertad y la independencia al Continente hispanoamericano.

Es muy natural, por consiguiente, que haya sido también este Canto más estudiado que ninguno por la crítica, tanto española como americana. El primero de sus críticos fue Bolívar mismo, que fue uno de los primeros también en leer, esa su apoteosis, por Olmedo mismo enviada en manuscrito apenas la concluyó, y que recibió en campaña, cuando extinguía las últimas llamaradas de la defensa española en las sierras del Cuzco. En contestación dirigió el héroe á Olmedo dos cartas extensas, que hasta mucho después no se publicaron : la primera, incompleta, por Torres Caicedo, en París, 1863 (1) ; la segunda más adelante en un periódico de Guayaquil. El juicio nos importa hoy sobre todo por ser de Bolívar, pero literariamente apreciado no vale mucho ; da en rostro al poeta con preceptos ó ejemplos de Horacio, Boileau, Voltaire y otros, para desaprobarnos ciertos rasgos, é insiste en desplegar, en la parte que personalmente le concierne, un exceso de modestia, que inevitablemente comunica al juicio todo algo que semeja demasiado falta de sinceridad. Bolívar ni fue ni tuvo para qué ser modesto ; sabía bien lo que valía quien, como él, en un banquete que le ofrecieron en Bogotá, al brindar alguien llamándolo el Napoleón y el Washington de Colom-

(1) *Ensayos biográficos y de crítica literaria*, tomo 1, París, 1863

bia, respondió inmediatamente: "Ni tan ambicioso como el uno ni tan mal militar como el otro" (1).

Entre cuantos luégo han disertado sobre el poema desuellan Miguel Antonio Caro y Rafael Pombo. Caro, en tres artículos llenos de sólida y brillante erudición, publicados en el *Repertorio Colombiano* (2), estudia la obra bajo todos sus aspectos; mientras Pombo, en un artículo de *El Mundo Nuevo* de Nueva York (1872) y después en la Reseña anual que como Secretario de la Academia Colombiana leyó en 1882 (3), condensa en frases felicísimas elogio rápido y vibrante, que directamente responde á ciertos cargos formulados por Caro, y es á mi parecer fallo definitivo que enumera méritos y deficiencias con elocuente precisión. Más adelante, en España, el en su tiempo muy estimado crítico Manuel Cañete reparte generosamente un tomo entero de la *Colección de Escritores Castellanos* entre el Duque de Rivas y Olmedo, reservando á éste algo más de la mitad. Buscó y reunió cuantos datos estuvieron á su alcance, insertó y estudió numerosas cartas de Olmedo á Bello, á Fernández Madrid, á otros, sin olvidar por supuesto las de Bolívar; y su crítica, aunque generalmente superficial y sin novedad, es correcta y bien intencionada. Años después, el coleccionador y prologuista de la *Antología* hispanoamericana de la Academia Española, D. M. Menéndez y Pelayo, aplica con empeño real de imparcialidad su singular instrucción y su vigoroso talento crítico á la obra de Olmedo, en páginas dignas de ser leídas y meditadas.

(1) *Vida de Rufino Cuervo*, por Angel y Rufino José Cuervo. Tomo I, París, p. 70. No creo haber leído esta respuesta de Bolívar en ninguna otra parte, y tengo entendido que los Sres. Cuervo la recogieron de boca de una persona presente en el banquete.

(2) El *Repertorio Colombiano*, números 10, 12 y 14, 1879. En uno de ellos también se encuentran las cartas entre Bolívar y Olmedo, reproducidas igualmente en la edición de C. Ballén.

(3) *El Mundo Nuevo*, tomo I, p. 332. Nueva York, 1872. El *Repertorio Colombiano*, 1882.

El Ecuador también, que en los años revueltos que precedieron y siguieron á la muerte de su gran poeta, apenas tuvo tiempo de enaltecerlo y de honrar su memoria cual correspondía, no ha olvidado hacerlo después en momentos menos aciagos. Erigióle en Guayaquil suntuoso monumento, obra del escultor Falguière; y León Mera y Pablo Herrera y Pedro Carbo y otros han escudriñado y fijado ya la mayor parte de los datos necesarios para la biografía completa y definitiva, que está aún por hacerse. He hablado antes de la edición de las poesías publicadas por Ballén, y ahora mismo acaba de aparecer en París un libro escrito por el guayaquileño Sr. Víctor M. Rendón, poeta y diplomático, educado en Francia, que traduce cuidadosamente en verso francés las poesías principales de su ilustre conterráneo, al mismo tiempo que las comenta, y sigue paso á paso la historia de su vida en narración exacta é interesante.

Es claro, pues, que está ya dicho cuanto más importa saber sobre el poeta y sobre su mejor obra. Tal vez falte únicamente compulsar y determinar ciertos datos bibliográficos, á cuyo esclarecimiento pretendo ayudar por medio de estas breves observaciones.

Olmedo no corrigió ni publicó él mismo más que dos ediciones de *La Victoria de Junín*: una impresa en Guayaquil el año de 1825, y otra en Londres al siguiente, 1826. Veinte años después, al preparar Juan María Gutiérrez en Valparaíso su *América Poética* y al mismo tiempo la primera colección publicada de poesías de Olmedo, le comunicó éste dos cambios únicos de alguna importancia que deseaba introducir en el Canto á Junín. Por esta razón es el texto de Valparaíso el definitivo; pero la edición príncipe es la de Guayaquil, y la importante es la de Londres, que agrandó la composición y completó su carácter esencial, no ya simplemente peruano, argentino ó colombiano, sino americano, invitando al lírico *symposion* otras regiones del continente: Méjico, los Estados Unidos; hasta In-

glaterra misma, en agradecimiento á los auxilios materiales y morales con que tan eficazmente contribuyó al resultado final.

El Sr. Menéndez llama, en la citada *Antología*, no sé por qué, *segunda* á esa edición de Guayaquil, que con razón califica además de "rarísima." Los datos del problema me parecen, sin embargo, perfectamente deslindados en las cartas que entre Olmedo y Bolívar mediaron, como vamos á verlo.

En 31 de Enero de 1825, fecha de la segunda carta de Olmedo, dice éste que ha concebido el plan de una oda inspirada por el triunfo de Junín, plan en que no entra Ayacucho ni figura Sucre, y para el que tiene ya acabados unos cincuenta versos. En la tercera, Abril 15, anuncia ya compuestos, bajo nuevo plan, quinientos veinte versos. En Abril 30 avisa envío del manuscrito completo. En Mayo 15 dice á Bolívar que la oda se está imprimiendo en una imprenta de Guayaquil, y en la carta de Junio 30 le advierte, remitiéndole ya un ejemplar, que lo hace con motivo de "las variaciones y adiciones de diez ó doce versos" que ha introducido, pero que la impresión no merecía ese honor, pues ha salido tan mala que casi toda se ha inutilizado, por lo cual, añade, "es muy probable que se haga en Londres una impresión regular." Para Londres, en efecto, preparaba su viaje en esos momentos, nombrado Ministro Plenipotenciario del Perú en varios países de Europa.

No hubo, por consiguiente, hasta su partida más que dos textos conocidos de la oda: el manuscrito, al cual se refieren únicamente las observaciones de las cartas de Bolívar; y el impreso de Guayaquil, que por no hallarse el héroe en Lima llegó á sus manos un poco tarde. La crítica de Bolívar no podía concordar por tanto con el texto impreso ni tampoco la numeración de los versos, cual era natural, dadas las alteraciones y añadiduras de Olmedo á última hora. Por eso al desaprobar Bolívar, con razón se-

brada, estos dos versos inarmónicos, que en el manuscrito eran así:

Que al Magdalena y al Rímac bullicioso...  
Del triunfo que prepara glorioso...

critica en realidad *à vide* para nosotros, que no conocimos el manuscrito, pues ambos versos están en la edición de Guayaquil sustituidos por estos otros, prosódicamente correctos:

Que al Magdalén y Rímac bullicioso...  
Del triunfo que magnífica prepara...

Tengo la fortuna de poseer un ejemplar de esa primera edición, que tan duramente calificaba Olmedo. No puede, en efecto, ser peor: papel miserable, tipos gastadísimos, justificación imperfecta. Mi ejemplar, que carece de cubierta, é ignoro si originariamente la tuvo, forma un cuaderno en octavo grande, sin indicación de signatura, compuesto de veintiocho páginas, pero numeradas solamente veinticinco; de las otras tres, la que debiera sea la 27, lleva, con título de *Advertencia*, una nota de cuarenta líneas en bastardilla sobre el vaticinio del Inca. Al pie este colofón:

GUAYAQUIL

*Imprenta de la ciudad, por M. I. Murillo. 1825*

El Canto en esta forma se compone de 82½ versos.

Apenas llegó Olmedo á Londres halló tiempo, á pesar del tumulto de sus nuevos quehaceres y ocupaciones diplomáticas, para cumplir la promesa de imprimir limpia y elegantemente el Canto, después de haberlo corregido, y aumentado notablemente durante la larga y fatigosa travesía. De los reparos de Bolívar estaban ya subsanados los que eran simples deslices, que el deseo de comunicarle pronto el manuscrito había hecho pasar por alto; de los demás no podía hacer ya caso sin trastornar varias estrofas, muy probablemente sin mejorarlas. Lástima, por ejem-

plo, hubiera sido alterar la magnífica entrada, que el Libertador, en marcado sdn de reproche, declara "rimbombante," y que sin embargo parece bien estar allí en su puesto, insustituible, como si el lírico latino, por decreto providencial, hubiera debido escribir los primeros versos de una célebre oda sólo para que pudiese Olmedo ampliarlos y aplicarlos con tan brillante efecto al triunfo americano. No niego lo arrogante de su tono, pero lo encuentro bien oportuno; y lo que más me extraña es que chocase por rimbombante ese sonoro y magistral prelude á quien, como Bolívar, supo encontrar tántas frases y palabras retumbantes en sus proclamas militares para hacerlas repercutir por todo el continente. Esa estrofa inicial es una de las muy contadas que Olmedo no retocó en la edición de Londres, salvo el suprimir al final el sonsonete de *sierra* con *tierra* y *guerra* demasiado cerca, justamente desaprobado por Bolívar.

La bellísima estancia que en ambas ediciones empieza con este verso:

Tal el joven Aquiles,

constituída por una comparación, que Menéndez y Pelayo califica de "asombrosa," y que puede considerarse como la estrofa más literaria y más clásicamente pura de todas, aparece en la segunda mejorada, hermosea; y sería excelente lección poética para estudiantes de literatura ponerlas una al lado de la otra é ir notando las alteraciones sugeridas por la reflexión al buen gusto del artista.

Pero, como ya apunté, más que en la superior perfección de la forma, fúndase el valor de la nueva versión en su carácter amplio y profundamente americano, que proclama en magnífico desarrollo la hermandad de las naciones en América nacidas antes y después de la gran campaña coronada en Junín y en Ayacucho. El Inca, Huayna Cápac, que surgiendo sobre el campo de Junín vaticina la victoria próxima decisiva, es el que ahora salva olvidos de la

primera edición y conmemora los compañeros que ha dejado en el Empíreo, sus "caros hermanos,"

El gran Guatimozín y Motezuma...  
Y la devastación del grande imperio  
En riqueza y poder igual al mío...  
Hoy con noble desdén ambos recuerdan  
El ultraje inaudito y entre fiestas  
Alevosas el dardo prevenido,  
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

También es él quien evoca á los Estados Unidos del Norte y menciona especialmente el nombre del Estado en que nació Wáshington:

El pueblo primogénito dichoso  
De Libertad, que sobre todos tanto  
Por su poder y gloria se enaltece  
Como entre sus estrellas  
La estrella de Virginia resplandece,  
Nos da el ósculo santo  
De amistad fraternal...

Mas para establecer gráficamente y de manera que no deje duda la superioridad de la segunda edición, basta á mi juicio escoger una estrofa entre las mejores y poner ambas formas en inmediato parangón. En 1825 describe así el encuentro de Ayacucho:

Lo grande y peligroso  
Pára al cobarde, incita al animoso.  
¡Qué nuevo ardor! Ya cede en toda parte  
El número al valor, la fuerza al arte.  
El jinete impetuoso  
Lánzase á tierra con el fierro en mano  
Pues le parece en trance tan dudoso  
Lento el caballo, perezoso el plomo.  
Ya el español rendido desfallece,  
Pierde el valor, mas no las iras pierde,  
Y en sangriento furor mordiendo el suelo  
En vano un vengador demanda al cielo.

Pensó después el poeta que este pequeño cuadro, á pesar de la energía que su misma brevedad le imprime, es demasiado estrecho para contener en sus vastas proporciones y sus inmensos resultados suceso tan grande y decisivo como la rendición en campo raso del último ejército que enarboló en el continente el estandarte de Castilla; y transformó el primer bosquejo en esta magnífica pintura:

Lo grande y peligroso  
 Hiera al cobarde, irrita al animoso.  
 ¡Qué intrepidez! qué súbito coraje  
 El brazo agita y en el pecho prende  
 Del que su patria y libertad defiende!  
 El menor resistir es nuevo ultraje.  
 El jinete impetuoso,  
 El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,  
 Lánzase á tierra con el hierro en mano,  
 Pues le parece en trance tan dudoso  
 Lento el caballo, perezoso el plomo.  
 Crece el ardor.—Ya cede en toda parte  
 El número al valor, la fuerza al arte.

Y el ibero arrogante en las memorias  
 De sus pasadas glorias,  
 Firme, feroz, resiste: y ya en idea  
 Bajo triunfales arcos, que alzar debe  
 La sojuzgada Lima, se pasea.  
 Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,  
 Ni la resuelta y numerosa tropa  
 Le sirve. Cede al ímpetu tremendo:  
 Y el arma de Baylén rindió cayendo  
 El vencedor del vencedor de Europa.  
 Perdió el valor, mas no las iras pierde,  
 Y en furibunda rabia el polvo muerde.  
 Alza el párpado grave, y sanguinosos  
 Ruedan sus ojos y sus dientes crugén;  
 Mira la luz; se indigna de mirarla:

Acusa, insulta al cielo: y de sus labios  
 Cárdenos espumosos,  
 Votos y negra sangre y hiel brotando,  
 En vano un vengador, muere, invocando.

El Canto en esta edición consta de 909 versos, va acompañado de mayor número de notas, y lleva al frente, finalmente grabado sobre acero, un retrato de Bolívar, muy diferente del que circula hoy en Venezuela, aceptado como oficial y definitivo. Me he figurado siempre que este grabado es el que reproduce más fielmente las facciones del grande hombre, pues fue hecho á la vista misma de Olmedo, que acababa de separarse de él y que tanto lo conocía. Al remitir á Bolívar su ejemplar le escribe Olmedo estas palabras: "Lleva el retrato del héroe al frente, *medianamente parecido*: lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la aparición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el Canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas." Antes del descubrimiento de Daguerre, á un "mediano parecido" es lo más á que podía aspirarse en un simple grabado, copiado probablemente de alguna miniatura; y quizás Olmedo se valdría del modesto adverbio pensando cuán raro es que un retrato en tales condiciones parezca bien al retratado. El grabado tiene mucho carácter, y la fisonomía llena de expresión no parece en desacuerdo con la idea que por su historia y sus escritos podemos hoy formarnos del famoso hijo de Caracas.

El texto permaneció el mismo, sin que interviniese el poeta en ninguna otra edición ó reimpresión, hasta que en 1846, un año antes de su fallecimiento, comunicó á Gutiérrez, para su publicación de Valparaíso, el deseo de suprimir los dos versos en que alude á las crueldades cometidas durante la conquista para imponer á los Indios el bautismo y la fe de los conquistadores:

No estableció la suya con más ruina  
El mentido profeta de Medina,

sin duda por juzgar demasiado inverosímil que estuviese el Inca tan bien enterado de la historia de Mahoma y el mahometismo. También estos otros dos:

Tal el astro de Venus refulgente  
Brilla de modo en la azulada esfera,

quedaron entonces convertidos en uno solo, en esta forma:

Tal se ve Héspero arder en su carrera,  
para evitar lo insólito de la construcción primera de 1825, que olvidó corregir en la segunda edición. Por esto cuenta la tercera solos 906 versos.

Es de esperarse que algún día se haga edición completa de los escritos de Olmedo, verso y prosa, poesías y cartas, anotando, analizando minuciosamente todo, como se hace con los autores clásicos en las ediciones de los eruditos. Mi deseo aquí ha sido, además de añadir algo al caudal de lo hasta ahora inédito, indicar uno ó dos de los puntos de comparación indispensables.

Olmedo fue poeta clásico, pura y únicamente clásico. A pesar de la fecha en que escribió sus mejores obras, una en 1825, otra en 1835, no se descubre en ellas ninguno de esos destellos de luz extraña y nueva que, ya desde fines del siglo anterior, se veían iluminar y teñir con matices antes desconocidos algunos versos y pasajes, de Cienfuegos, por ejemplo. En cambio está como reunido en ellas en profusión admirable, con esplendor insuperable, cuanto de más alto había alcanzado y desplegado nunca el arte neoclásico en lengua castellana.

Es bien curioso, bien digno de tomarse en cuenta, que cuando la poesía clásica había fenecido ya en España, muertos todos sus grandes cultivadores, en profundo silencio desde 1808, el genio de Quintana, viviesen y floreciesen y cantasen dos vates americanos cuyas obras maestras en nada desmerecen al lado de cuanto hubo de mejor

entre los clásicos españoles de las tres centurias precedentes. Lo que era hoguera extinta en la antigua metrópoli revivía y brillaba durante algunos años más en la antigua colonia, hasta apagarse después de nueva y fulgente iluminación. Las silvas de Andrés Bello, los cantos épicolíricos de Olmedo, no tienen rival que los venza en toda la literatura castellana.

ENRIQUE PIÑEYRO

(Concluirá).

## LA TOLERANCIA CRISTIANA (I)

Señor Gobernador, señor Cura, señores:

Cada año celebra nuestra Sociedad, en honor de su Santo Patrono, este acto con el objeto de dar gracias al Todopoderoso por los beneficios recibidos é impetrar nuevos para el venidero; presentar informe del curso que ha seguido su obra de caridad; hacer un balance de los socorros y limosnas impartidos, de los que quedan por realizar y de los recursos allegados; y para que los socios, "*consolándose mutuamente por la fe que les es común,*" alienten y estimulen su espíritu para proseguir adelante en su trabajo. Tal costumbre se ha practicado con regularidad año por año, á pesar de las contrariedades é inconvenientes de las épocas; y plegue á los Cielos que así continúe haciéndolo la Sociedad de San Vicente de Paúl en el decurso de los tiempos, con lo cual se asemeje siempre más á su Santa Madre la Iglesia católica, en cuyo seno se desarrolla y amamanta.

Porque ésta, que cuenta sus días por las fiestas de sus santos, nunca se olvida de ninguno, ni del último de sus mártires, ni del último de sus niños, ni del último de sus mendigos, ni del último de sus ancianos. Bien pueden desplegarse las montañas del mundo con estruendo y con fra-

(1) Discurso en la sesión solemne de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Zipaquirá.